

¿De dónde venimos?
¿Hacia dónde vamos?
¿Cuál es "nuestro ser"?

Los problemas de la cultura y la República Argentina

Por EDUARDO SQUIRRU

LA CULTURA, con respecto a un pueblo o grupo social determinado, es el conjunto de manifestaciones materiales y espirituales que, al constituir una unidad de cierta armonía, sirve para distinguir a ese grupo de otros.

En tal sentido es fácil apreciar la importancia que tiene el estudio de la cultura en la determinación de los valores auténticos de los grupos sociales, sus tendencias evolutivas, sus posibilidades de realización para ciertas expresiones y sus imposibilidades para otras. De este modo la cultura se relaciona, o mejor dicho es directamente, lo que un pueblo produce en los terrenos del arte, la religión, la moral, la técnica, el Derecho, la Política y todas las otras manifestaciones de la actividad humana.

Saber de dónde se viene y qué se hace, no es mal método para averiguar adónde se va, y de esa forma

extraer los valores que pueden resultar permanentes de una cultura particular, ahorrándose las energías que muchas veces se invierten en lo no viable. Así como en la Ciencia el conocimiento de los datos verdaderos y de las posibilidades reales de desarrollo evita que se persigan investigaciones disparatadas, de la misma manera el conocimiento de los antecedentes antropológicos, climáticos, étnicos, geográficos, históricos, religiosos, económicos, técnicos, etc.; y de cuáles son las actividades verdaderas de un grupo humano, distinguiéndolas de las simuladas y ficticias sirve para descubrir cuáles son las tendencias del grupo que tendrán carácter definitivo, y cuáles las que desaparecerán a corto o a largo plazo. En ese sentido puede trabajarse provechosamente en la búsqueda de fórmulas viables, descartando las que no lo son, con el convencimiento de que ciertas formas arraigan irre-

misiblemente por la época, el lugar y las gentes, independientemente de esquemas abstractos, planes quinquenales, imposiciones extemporáneas, tabús inactuales, normas caducas por el desuso y reglamentaciones que, en la realidad, no se observan. La República Argentina es uno de los lugares más interesantes para estudiar estos fenómenos. Precisamente por ello el estudio de su cultura constituye una investigación original, un problema a resolver. Es cierto que hablamos una lengua: la castellana; que participamos de una religión: la Católica Apostólica y Romana; que tenemos un territorio que incluye montaña, pampa, valle, río y desierto; que formamos parte de un grupo cultural más amplio, conocido con bastante oscuridad con la denominación de: "mundo occidental". Que, en fin, tenemos *la ciudad* como elemento indispensable de lo que es la civilización. Pero a pesar de todo esto, o mejor aún, a causa de haber sido aceptados estos conceptos sin la crítica necesaria, se hace indispensable su revisión. No es posible conformarse con los rótulos aplicados, y allí permanecer, sin una actitud más analítica de todas estas denominaciones con las que tan sintéticamente nos describimos. Se hace preciso revisar, escarbar, ir a las piedras y a los fósiles, a las ruinas y al folklore por un lado, y a lo que actualmente *hace, siente y cree* la gente por el otro, para descubrir *cuál* es en realidad nuestra cultura.

♦ EL FRACASO DE TODAS LAS AFIRMACIONES CULTURALES

Veremos entonces si es suficiente que figuremos en la constitución política de nuestro país como una demo-

cracia liberal, en el lenguaje periodístico como miembros de la cultura occidental y en las disposiciones jerárquicas de la Iglesia como un pueblo Católico. La curiosidad mínima de quien trata estos problemas lleva a profundizar algo más allá de las convenciones aceptadas, a hacer averiguaciones, encuestas, incursiones en las vidas, las creencias y las actividades de los distintos sectores sociales. En lo que la gente lee, en los estudios que realiza, en los oficios que la ocupa, en las diversiones que más la atraen; y entonces descubrimos que nos vemos *obligados a modificar* casi todo nuestro bagaje de información rotularia. Pues en efecto, estos "cristianos" no creen ni se comportan ni desean hacerlo como tales; estos demócratas liberales no votan sus propios impuestos y sus representantes no son contribuyentes sino burócratas asalariados; estos "occidentales" de la cultura no poseen una tecnología como no sea la prestada o traída por el extranjero, y por otra parte tienen un folklore propio, de honda raigambre indígena y algunos resabios hispánicos, completamente alejado del de otros pueblos de occidente.

¿Qué hemos sido? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? La falta de contestación satisfactoria a estas preguntas se palpa a diario en nuestro país.

Puede decirse que el desconcierto sobre el *Ser* de nuestro país es total. ¿Cuál es nuestro *Ser*?

Por de pronto toda *afirmación* de carácter cultural, cualquiera que haya sido, ha fracasado en nuestro país, si por fracasado se entiende que no ha prevalecido con exclusión de todas las otras. Así por ejemplo: la afirmación cultural hispánica del tiempo de la colonia fracasó, como lo prueba la guerra de la independencia, al no haber

conseguido incorporar plenamente a esa cultura al elemento indígena, ni siquiera al criollo. Así como canta un cielito:

*"Aquí no hay cetro y coronas
ni tampoco Inquisición,
hay puros mozos amargos
contra toda expedición".*

La Revolución de Mayo, con sus principios iluministas, de filosofía liberal, también fracasó. No consiguió fijarse. Quiso deshacerse de todo lo hispánico y sustituirlo con la cultura anglo-francesa. Consiguió deshacerse de casi, si no de todo lo hispánico, pero no consiguió para nada fijar la cultura anglo-francesa en nuestro medio a pesar de habernos dejado, causándonos toda clase de trastornos —la constitución política y los sistemas pedagógicos. Luego, en diez años tormentosos de marchas y contramarchas se llega probablemente al caos mayor que se conoció en el país desde su descubrimiento, y que obligó a un hombre tan sensato como San Martín a huir despavorido de estas playas. Se desemboca en Juan Manuel de Rosas. Hubiera parecido que Rosas iba a encontrar la fórmula, mezclando esos resabios hispánicos que quedaron, con lo criollo y lo indígena. No hubo tal. El también tuvo que cumplir con el destino negativista de esta tierra. El también fracasó. Y se libró la batalla decisiva de las culturas con unos pocos tiros, y sin ningún convencimiento. Rosas no pensó que lo que él defendía merecía el sacrificio de su vida. Y Urquiza al invadir la Provincia de Buenos Aires y comprobar que la población no era tan contraria a Rosas como se había manifestado por la propaganda unitaria, exclamó en su

tienda de campaña: "Si hubiese sabido cómo siente este pueblo, no le hubiese hecho la guerra a Rosas".

♦ CASEROS — CONSTITUCION YRIGOYEN — PERON

Pareció entonces, que después de Caseros se retomaría la filosofía de Mayo al iniciarse una época de despotismo ilustrado de relativa prosperidad, pero lo poco arraigado que estaba ese sistema en el pueblo quedó probado con Yrigoyen, hombre oscuro y limitado, que en la primera oportunidad que se le brindó, lo echó por tierra. De todas las formas de gobierno, representativa de tal o cual cultura o teoría cultural, ninguna había conseguido prender en nuestra tierra con suficiente virulencia como para excluir otras, y fijarnos un tipo definido *ser nacional*. Todo se había pasado. La afirmación hispánica y Católica había sido socavada por las tendencias liberales y masónicas. La Democracia liberal por el nacionalismo, el Nacionalismo popular de Yrigoyen a su vez, por tendencias aristocráticas internacionalistas. Y en medio de todo este tembladeral de nuestra historia, aparece Perón. Entonces sí que pocos dudaron que se había dado con la fórmula exacta. Pareció por un momento que se reunían en ese movimiento el concepto moderno de la lucha de clases, un avance de la clase trabajadora, un reencuentro con la tradición cristiana, un concepto funcional del panafricanismo y una exaltación nacional. Pero ante la consternación general, la de sus enemigos inclusive, cayó Perón, en forma no muy distinta a Rosas. Con este nuevo fracaso se completó la serie de la ineficiencia de las afirmaciones culturales excluyentes en nuestro medio.

El socialismo peronista, algo bastante moderno, si es eso lo que se anda buscando, tampoco prendió entre nosotros como una cultura auténtica capaz de excluir a las otras. Este último fracaso de un sistema político con pretensiones culturales es un dato reciente, preciso, para el sociólogo. Considerando el fenómeno, con la objetividad necesaria, no puede dejar de saltar a la vista esta *constante* en el proceso cultural Argentino: *la falta de constancia*.

Bajo otro punto de vista puede considerarse que las clases sociales, o económicas si se quiere, como tales, también han fracasado como gobierno. Las clases aristocráticas en los gobiernos de Roca, claudicaron el poder a las clases medias, acaudillada por Yrigoyen. Con Perón, el poder llegó a la clase obrera.

Ninguno de estos tres grupos o clases fué capaz de mantener y desarrollar el poder colectivo, y seguir un tipo fijo de rumbo jurídico e institucional. En las tres clases faltaron las virtudes del mando: trabajo, incorruptibilidad, constancia, y capacidad de comprensión de las técnicas evolutivas económico-sociales. Ello nos confirma aún más en la concepción de que nuestro país no ha adquirido aún una fisonomía determinada de las estructuras económicas que actúan en el seno de nuestra sociedad, y que haga posible la preponderancia de uno de ellos con exclusión de los otros.

♦ FALTA DE RUMBO

Este estado de cosas puede resultar desesperante. Pero es un hecho. Esta falta de fijación política que se ha señalado no es nada más que un *aspecto de los muchos* que contempla el panorama más vasto de la Cultura. Lo mismo sucede en el campo de otras ma-

nifestaciones culturales. El Derecho, por ejemplo, íntimamente relacionado con la Política, lo mismo que con la Producción y la Economía, las Artes, la Ciencia, la Técnica. En todo, la Argentina se caracteriza por su *falta de rumbo*, por sus esfuerzos parciales y esporádicos alimentados momentáneamente por un entusiasmo generalizado que se apaga y cae, de pronto, como una cañita voladora, después de breve trayectoria.

Ese todo armónico que es la cultura de un pueblo, brilla entre nosotros, por su ausencia. Porque todas las manifestaciones culturales deben marchar dentro de cierto ritmo. Las Artes, le Derecho, la Técnica, las Ciencias, la Economía, la Religión, las costumbres. Nada de eso sucede entre nosotros. Sectores escindidos dentro de nuestro medio siguen las sendas más apartadas, "hablan los idiomas más distintos". Todo esto indica que se trata de un *grupo social en formación*, es decir, *no formado aún*. Un grupo en el que se están reuniendo los elementos que tal vez, en el futuro, por el camino por el que nos vaya empujando la necesidad, se armonizarán conformando las manifestaciones espirituales y materiales que constituyen una cultura determinada. Yo recuerdo haberme sentido más cómodo en China y en Dinamarca, donde he vivido varios años, que en mi propio país. ¿Por qué era esto? Me lo he preguntado muchas veces. Creo que la explicación está en que tanto en Dinamarca como en China, me hallaba situado, es decir, me encontraba *ubicado dentro de*, una cultura determinada. Y aunque esta cultura podía ser exótica para mí, era por otro lado congruente y lógica en sí misma, y transmitía un sentido de soli-

dez y de armonía. En ellas, la Religión armonizaba con las costumbres, y ambas a su vez con las artes. Uno sabía "a qué atenerse", pues las reacciones en los actos humanos estaban determinados por *una cultura* y el resultado de todo ello era que cualquier extraño, con un mínimo de sensibilidad, no encontraba dificultad alguna en adaptarse a esos medios, pues encontraba en algo ambiental en que todo lo conducía hacia cierto comportamiento determinado. Tal, ciertamente no es el caso entre nosotros, donde los actos del hombre medio no concuerdan con su religión, donde las decoraciones edilicias no están de acuerdo con nuestra economía y nuestra raza; y nuestra legislación, chocantemente contradictoria en sí misma, no está de acuerdo con nuestros sentimientos, con nuestras costumbres, ni con nuestras ideas.

♦ EL TIEMPO PODRÁ SALVARNOS

Esta incongruencia cultural de nuestro medio engendra el cinismo y la incertidumbre en la gente; y la falta de estabilidad y continuidad de los valores culturales produce la falta de confianza para las obras de aliento, es decir, para las *grandes* obras, permaneciéndose siempre en lo inmediato y superficial, pues se duda seriamente, y no con motivos infundados, de la posibilidad de cosechar los frutos de la perseverancia. No interesa valorar este estado de cosas, por lo menos en este artículo. Esos son los *hechos* tal como se los encuentra en nuestro medio, y de esta situación sólo el tiempo podrá sacarnos.

La verdad es que, analizando todos los factores y los valores que entran en nuestra conformación, no hay motivo alguno para ser optimistas, y se

justifica el dicho de los antiguos vedas: "Para el hombre de discernimiento, todo es miseria". Pero hay también otras conclusiones que podemos extraer de estos hechos. Nuestro florecimiento cultural, no se producirá, como no se produce ninguno, espontáneamente. De la misma manera que un individuo es la serie de actos que ha realizado en el transcurso de su vida, un pueblo posee la cultura que ha ido construyendo sobre la marcha de la Historia, de las obras que ha ido dejando. Todos estos sistemas políticos con veleidades de cultura propia que han sido mencionados, fracasaron, es verdad, pero al caer, nunca murieron del todo. Siempre algo quedó en el período siguiente de lo que había propulsado el anterior. Esa *sedimentación* de lo que va quedando, forma los extractos de lo que constituye la cultura de un pueblo. Esto es *irremediable e irreversible*: estamos hechos de lo que nos ha ido pasando, de cada acto, de cada obra, de cada accidente geográfico e histórico, de cada idea que hemos expresado y aun cobijado.

Hay mucho que seguimos soportando sin creer verdaderamente en ello. Valores espirituales y materiales de otrora que nunca tuvieron realidad en nuestro ser: son órganos atrofiados que un sentido funcional de la vida nos hará dejar. Hay mucho que siempre ha estado en nuestra alma y a lo que no se ha dado expresión institucional o artística pero que tendrá que venir a fijarse definitivamente en nuestro medio, hasta el momento en que, de este crisol de verdades y falsedades que es nuestro ambiente, surja un mensaje original que nos coloque en el mapa de la verdadera existencia de los pueblos.